

LA NAVE ESPACIAL TIERRA

Miquel Barceló

Tradicionalmente se ha entendido la ecología como el estudio de los organismos en relación con su entorno. Sin ninguna duda, uno de esos muchos "organismos" que se relacionan con su entorno es el ser humano. Una curiosa especie animal que, en su vertiente de "*homo faber*", se ha mostrado como la más capaz para alterar y modificar el mundo que le rodea.

Hace ya unos años que la ecología está francamente de moda. Lo está tanto, que ha sido incluso fagocitada por el mismo sistema económico que hiciera imprescindible el nacimiento de una ecología política reivindicativa y de denuncia del carácter depredador de nuestra civilización: ahora el consumismo nos ofrece ya "productos ecológicos" con los que tranquilizar nuestra conciencia de depredadores arrepentidos.

El problema real con la ecología es, en el fondo, su carácter global y totalizador. A largo plazo no se resuelve nada si se protege un entorno circunscrito a un ámbito local y reducido y se permite la continuidad del deterioro en el resto.

Éste es un punto de vista que, para la economía, resultó nuevo y provocador en los años sesenta. Los especialistas en estructura económica mundial, suelen reseñar que fue Kenneth E. Boulding quien inició un planteamiento sistémico y globalizador de la economía y las relaciones internacionales en el tercer capítulo de su obra "*The Impact of the Social Sciences*" (1966). Boulding introdujo entonces, por primera vez en la ciencia económica, una comparación analógica de la economía del planeta con la economía cerrada de una nave espacial. Aunque pueda resultar un pensamiento no frecuente, **el planeta Tierra es nuestra nave espacial** y, al igual que los tripulantes de una nave espacial, estamos obligados a mantener "en funcionamiento" el vehículo que nos mueve por el espacio.

Si hay expertos especializados en pensar en naves espaciales que albergan generaciones y generaciones de humanos, esos son los autores y lectores de ciencia ficción. En realidad, siempre existe la posibilidad de que Boulding inspirara su nuevo punto de vista económico en las naves generacionales que pueblan la ciencia ficción, como ocurría en "*Universo*" (1941) de Robert A. Heinlein o en "*La nave estelar*" (1958) de Brian W. Aldiss, por citar sólo dos ejemplos clásicos de los que hablamos hace sólo unos meses.

Difícilmente se aceptarían en una nave espacial bien gestionada, conflictos tribales que pusieran en peligro la continuidad del proyecto central: el viaje espacial de los tripulantes. O, traducido al ámbito planetario: la continuidad de la especie en su

viaje estelar a bordo de la nave Tierra. Pero eso es, precisamente, lo que parece haberse convertido en la especialidad del ser humano: dotarse de sistemas socio-económicos que no contemplan la globalidad de la nave espacial Tierra, y complementarlos con sistemas ideológicos que generan conflictos tribales entre los tripulantes de esa única nave espacial.

De hecho, muchos de los presuntos "grandes problemas" y enfrentamientos entre los seres humanos adquieren un contenido ridículo sólo con mirarlos desde el prisma de las necesidades globales de la especie que pretende tripular la nave espacial Tierra. Ese es un procedimiento que convendría recomendar encarecidamente a todos y que la ciencia ficción ayuda a conceptualizar.

Tal vez quepa pensar, en tono pesimista, que la especie humana no está llamada a ser la verdadera tripulación de la nave Tierra y que el intento llevado a cabo por la evolución de dotar de inteligencia abstracta a una especie como forma de supervivencia, puede ser un experimento condenado al fracaso. En el fondo no quiero creer en que eso pueda ser cierto pero, en cualquier caso, es seguro augurar un difícil futuro para el ser humano, ese parásito belicoso y depredador que le ha salido a la nave espacial bautizada Gaia y del que, por ahora, no ha logrado librarse.